



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11038

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 12 pts.—Tres meses, 36 id.—Extranjero.—Tres meses, 112% id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 20 DE AGOSTO DE 1868

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Rue Bourg-Montmore, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería

DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín Gálvez	D. Genaro Pérez Conesa	D. Enrique Rivas
• José Chacón	• Francisco Barceló	
• José Gimeno	• Juan Izquierdo	
• José Córdoba López		
	Infantería de Marina	
	D. Carlos Coll	

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre. Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

¡QUÉ CONFESION!

De primera calidad es la que hacen ahora los periódicos ingleses que estuvieron antes á la devoción de los cubanos.

Cuando el pueblo español enviaba á Cuba lo más florido de su juventud y consumía sus tesoros para dominar la insurrección, un centenar de periodistas de todos los países nos motejaba de crueles y proclamaban con lenguaje rebuznado la santidad de la causa rebelde y el derecho de los mambises á gobernarse por sí solos.

Inútilmente exponíamos entonces nuestro derecho á poner paz en nuestra casa y pintábamos al cubano tal y como es en realidad: nuestra voz no fué oída y el que se deluvo á escucharla salió con la quinta esencia de que nos movía el interés.

«El World» marchaba á la cabeza de ese movimiento antiespañol, que nació en los Estados Unidos merced á los escándalos del Capitolio, y pronto se propagó á París y á Londres, encontrando como mantenedores en la primera de dichas capitales á Rochefort y al doctor Belances y en la se-

gunda al «Daily Telegraph», periódico que pasa por bien informado como pasan por virtuosos muchos hombres que no lo son.

¿Quién no recuerda las campañas del diario inglés en contra de nuestra nación? No, no hemos olvidado la tenaz defensa que un año y otro hizo de los insurrectos, de los pobrecitos mambises que padecían hambre de justicia y que no pudiendo resistir la tiranía española se echaron á la manigua á..... cazar hijos de España.

Pues bien, ahora resulta que el «Daily Telegraph» ha visto de cerca á sus patrocinados y le han parecido de condición moral tan fea que ha vuelto la vista espantado y se ha estremecido de horror.

Ya no le parecen dignos de gobernarse por sí mismos los cubanos. El periódico inglés ha aprendido en estas últimas semanas que «lo que quieren los insurrectos es apoderarse del mando y de los empleos, para repeler en escala exagerada todas las crueldades y opresiones que se han achacado á los españoles».

¿Se explica el periódico?

Pues aun hay más; lo confiesa ingenuamente en estas líneas que no tienen desperdicio:

«Estos insurrectos armados no son, poco más ó menos, otra cosa que hordas de asesinos y ladrones indisciplinados. Como la mayor parte de las razas criollas, poseen todas las malas cualidades de las dos razas á que deben su origen, teniendo pocas ó ninguna de sus buenas cualidades. Tienen toda la crueldad del español, sin su caballerosidad ni su valentía y, como el español, tienen, pero en grado más exagerado, una vanidad loca que equivocadamente titulan orgullo».

Con su sangre negra han heredado una capacidad sin límites para la holgazanería, y son latrones maestros. En cambio no poseen la jovialidad del negro ni su buen natural».

¡Saludado el «Daily Telegraph»; lo que á gran distancia le pareció oro le ha parecido de dublé visto de cerca. Si quedase lugar para el arrepentimiento, ese papel se arrepentiría de todo corazón por habernos ofendido sin conocernos y por haber contribuido á que sean independientes—si es que lo son al cabo—los que le hacen decir esto que van á leer nuestros lectores:

«No conozco raza menos dispuesta para la libertad, y sera para Cuba un día desgraciado, así como para su civilización, aquel en que esos insurrectos queden, si quedan, dueños de la desgraciada isla.»

Para venir á este resultado, no valía la pena de emprender la antipática campaña que ha hecho contra los españoles el periódico londonense.

GLOBOS NACIONALES

Asesinato del capitán Alberola.
20 de Agosto de 1863.

En Agosto de 1863 estalló potente y poderosa la última insurrección domi-

nicana, por la parte de Haití, después de haber vivido Santo Domingo años y meses reincorporado á España, reincorporación que se llevó á cabo, no por la fuerza de las armas, sino á petición de los naturales.

Al tener noticia el brigadier Búca, comandante general de Cibao, de los tristes sucesos de Guayabán, los primeros que ocurrieron en aquella insurrección, emprendió el regreso á su residencia oficial, Santiago de Caballeros, con 50 infantes de San Quintín y 17 jinetes de Africa.

A unas cuatro leguas de la mencionada capital vióse atacada la pequeña columna por numerosas fuerzas rebeldes, librándose un combate tan desigual como heróico, terminando los españoles, después de sufrir bastantes bajas, por diseminarse en distintas direcciones para evitar un copo y ver si de esa manera podían librarse de la muerte segura que les esperaba, ocurriendo por tal motivo un hecho que puso de relieve la pundonorosidad y patriotismo de los militares españoles.

Vagando por el monte el capitán de artillería D. Ramón Alberola, el médico de San Quintín Sr. Merino y cuatro soldados de este regimiento, cayeron en una emboscada y fueron desarmados y hechos prisioneros.

Entonces el jefe de los rebeldes, cabecilla Gaspar Polanco, viendo en el mencionado capitán un hombre que podía ser útilísimo á la insurrección, le dijo: «Si quieres salvar la vida y convertir la desdicha que ahora te abruma en gloria y triunfo, vente con nosotros; serás el general de nuestra artillería.»

Alberola quiso castigar tan gran ofensa; pero como se encontraba sin armas apostrofó al rebelde y le dijo que no una vida, sino ciento que tuviera le daría antes que hacer traición á su patria, por lo cual podía darle muerte cuanto antes. Ciego de furor el cabecilla por la entereza del heróico militar, se arrojó sobre él machete en mano y le quitó la vida. El médico y los cuatro soldados tuvieron la misma suerte que su capitán, por haber seguido igual conducta que este.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

INDICACION

REORGANIZACION

ARMADA ESPAÑOLA

VI

Aun no había nacido el Excmo. señor ministro de Marina, cuando con dos bombas al cuello como huevos de pava—ya aprendiendo el oficio—recorriamos con avidez los parques de los arsenales y los sombríos entrepuentes de los demantelados bastimentos, cuyos immaculados guardianes—nuestros primeros maestros de lo tormentario—aun con las lágrimas en los ojos, al referirnos las horribles escenas de Trafalgar, donde habían disparado el último cañonazo, inspiráronnos un idealismo naval que rayaba en delirio. Soñábamos con la marina y.... ¿Quién nos había de decir entonces, que íbamos á vivir tantos años tan lejos de aquella que nos parecía nuestra, y á soñar con verla reconstituir para reorganizarla de nuevo? ¡Vana ilusión, que solo caber puede en un cerebro delirido, y así dirán nuestros lectores que verán con lástima tantos desvarios, dada nuestra naval insuficiencia, apesar de no haber faltado jamás á nuestros deberes, en nuestra accidentada carrera, ni de habernos mareado... ¡ni una sola vez!...

Por ello retiramos las numerosas cuartillas al objeto escritas en honor al porvenir de la futura armada, que por si de algo fuesen útiles, elevaríamos á quien competa conocerlas, y que también veíamos porque no caven dentro del restringido claustro de la prensa, en estas circunstancias que no tendrán copia, y por otra parte, dado el carácter trascendental y delicado, que por su índole revisten proyectos innovadores, que no serán quizá del agrado de todos, porque siempre es dolorosa la amputación de algún miembro para salvar el cuerpo, y hay mucho que cortar, hay mucho que dividir y mucho que reemplazar. Hemos sufrido un temporal terrible que aun corre desencadenado de oriente á occidente, y del septentrion al meridiano y hay que reparar en puerto muchas averías, entrando en carena con buenas herramientas, buenos materiales y hábiles operarios para surcar nuestros viejos derroteros con más gloriosos éxi-

—¿Pero creéis que tengan la maravillosa facultad de evocar á los muertos, de leer por las líneas del semblante y de la mano el destino de quien les consulta? dijo Felipe V.

—En cuanto á lo de los muertos, nada hay que más horroroso á un gitano que un cadáver; en cuanto á lo de la adivinación que se les supone, creo que todo consiste en su gran inteligencia, en sus grandes facultades de observación, en su profundo conocimiento del corazón humano, y sobre todo, en la fé superstitiosa que se tiene en sus pronósticos.

—Pues os aseguro que á mi abuelo le inquietaría mucho el pronóstico de un gitano.

—Óscar daba gran crédito á los pronósticos de los augures, dijo Mr. Amelot: no ha habido espíritu superior que no sueñe y que no haya incurrido más ó menos en la superstición.

—Y vos ¿qué creéis de los gitanos, Ana María? dijo el rey.

—A mí me asombran y me espantan, señor, contestó la princesa: todo lo que me ha acontecido me lo pronosticó Bizarro há más de diez y seis años: y si he sufrido yo con resignación mi destierro de la corte de vuestra majestad, ha sido á causa de la influencia de los pronósticos de Bizarro.—Os están haciendo una guerra cruel, señora, me decía hace dos

que habiendo sido absuelto por el Papa os habriais vuelto á vuestro país.

—¿Y qué tengo yo que hacer en mi país, mi buena señora? me contestó tristemente Bizarro: á más de eso, un gitano no tiene patria: nosotros venimos de otra parte: donde quiera que nacemos estamos desterrados, nuestra raza ha sido maldita y arrojada por Dios del suelo de sus padres: allá volveremos un día, cuando se haya cumplido el largo plazo de la maldición del Señor, para volver á ser reyes.

—Es muy singular esta raza, dijo Felipe V. Vos ¿qué pensáis de ella, Mr. Amelot?

—¿Qué se puede deducir de un pueblo sin historia, diseminado sobre nuestro planeta, que habla una lengua incomprensible, que guarda misteriosamente sus tradiciones, que deja ver los vestigios de una organización misteriosa, que conserva su forma típica, que vive errante, que no se mezcla ni se asimila con pueblo alguno, y que deja conocer indudables rasgos de grandeza? Se les cree egipcios; pero yo voy más allá: yo los creo indios: una raza venciada y proscripita, que lanzada hace muchos siglos de su país, se ha diseminado, viniendo sin duda del Asia, donde debió ser su primera cuna, por el mundo antiguo: hay la seguridad de que en América, ni se les encuentra, ni se les conoce.

—En verdad, en verdad, señor, hemos dado en la política antes de que yo me encuentre en medio de ella, dijo con ligereza la de los Ursinos: el fantasma de la política me persigue: en Versalles no me hablaban de otra cosa: á las dos palabras que el rey hablaba conmigo, recafíamos en la política: hasta mi peluquero se había inficionado.

—Yo creo que sois vos la que inficionais á todo el mundo.

—Pues creed, señor, que mi más ardiente deseo es retirarme á la vida privada.

—Me alegraré de que llegue ese momento, Ana María, porque habiéndoos consagrado á nosotros, cuando vos os retiréis, todo estará perfectamente arreglado: y vos, nada decís, Mr. Amelot?

—Oigo, señor.

—¿Y qué pensáis de lo que oís y de lo que sabéis?

—Esto durará poco, señor; un suceso que se provee, la necesidad de una paz general matará las pretensiones del archiduque: Francia y España, son demasiado poderosas para que la Inglaterra, que nunca se olvida de ajustar sus cuentas, deje de reconocer que cuesta mucho dinero, mucho tiempo y mucha sangre incomodarlas: el tiro no va á la cabeza de vuestra majestad, si no á la de su majestad el rey de Francia: se cree que tiende al dominio de